

(The Globalized, Intellectual & Audiovisual Dystopia: Capítulo piloto)

It seems today that all you see is violence in movies
and sex on TV

Family Guy Theme

Filmaba a chicas que se dejaban follar sin condón por un cómplice infectado de sida. La chica, por supuesto, nunca estaba al corriente. Luego, sin que ella lo supiera, la filmaba cuando salía de los laboratorios después de recoger los resultados de la prueba. El momento que más placer me proporcionaba era cuando la chica descubría que era seropositiva. Me corría cuando ella abría el sobre. Yo inventé la sidofilia. Si supieras cómo molaba verla echarse a llorar a la salida del laboratorio con el informe: «VIH +» en la mano. Pero tuve que dejarlo porque la policía me requisó todas las cintas. Primero estuve en la cárcel y luego me trajeron aquí. De todos modos, no tardaré en morir. Pero ahora estoy bien, estoy bien. Ahora estoy bien ahora estoy bien estoy bien estoy bien estoy bien estoy bien estoy bien ahora estoy bien.

Frédéric Beigbeder, 13,99 euros.

Así que me encontré en la calle y sin diploma. ¿lba a cambiar de oficio? No. Llevaba la medicina en la sangre. Me las arreglé para mantenerme en forma haciendo abortos baratos en los retretes del metro. Me rebajé hasta a ofrecerme por la calle a las embarazadas. Algo decididamente poco ético.

William Burroughs, El almuerzo desnudo



—¡Warren, tienes menos de veinte segundos para soltar la mierda y entramos!, ¿ok?

Warren, en primer plano, asiente con nervioso gesto. Se sacude los hombros como un boxeador; mueve la cabeza del hombro izquierdo al derecho y viceversa haciendo crujir las vértebras. Resopla. Después señala al director para que cierre la claqueta. Tras de Warren, se advierte el escenario de un camerino con su correspondiente espejo y un cordón de luces de navidad que recorre el marco. Pegada al cristal y amordazada, hay una bailarina de ballet, desnuda de caderas hacia arriba.

—Tres, dos, uno... ¡Acción!

—No nos cansamos de repetirlo —dice Warren a la cámara, enarcando las cejas y gesticulando con los brazos como un rapero de Brooklyn—. Desde uve doble uve doble uve doble sexyntellectuals dot com, portal abierto al debate de ideas y al ocio audiovisual, jamás perseguimos el tratamiento de la mujer como un mero trozo de carne —alargando la erre; así: carrrrrrrrrrrrrne—, como decía aquella célebre portada de Hustler allá por mil novecientos setenta y ocho. Muy al contrario, entendemos que nuestros seguidores, cuyo perfil responde a un nivel cultural alto como así lo demuestra el estudio de la consultora Giddens en el primer semestre de este año, no son en absoluto maleables ante la violencia audiovisual —al fondo, la stripper se desgañita en vano, emitiendo un grito quedo—. Y es por esto, y porque ustedes forman parte de una generación que creció con películas de Tarantino, elepés de gangsta rap y páginas pornográficas, por lo que nos atrevemos a ofrecerles la evasión más hardcore del mercado.

Desde realización, se incluye en el montaje una ráfaga de apenas décimas de segundo en la que puede leerse:

SEXYNTELLECTUALS.com

Porn from the brain, Porn for the brain

«¿Sabes una cosa, amigos míos? Esta pequeña zorrilla de diecinueve años que ven tras de mí...»



Y Warren deja unos instantes de silencio para que la cámara proyecte la bailarina en un primer plano del todo borroso, a imitación del realismo casero que caracteriza los videos de YouTube. La cámara recorre la mitad inferior del cuerpo: de los pies, calzados —cómo no— con tacones de aguja, a la pelvis, cubierta por una minifalda de cuero.

«...se fue de casa desobedeciendo a su papá y a su mamá; de un portazo, como lo oyen. ¿Y saben qué?»

La bailarina, agotada en sus intentos por hacerse oír en el exterior, empieza a tomar un color de cara rojizo, próximo al morado.

«Lo hizo por dinero. ¡Por dinero, joder; por dinero! Posiblemente, ay, lo hizo para conseguir su dosis de... de... heroína. Es... es... es espantoso, señores —asqueado, como si acabase de ingerir una cucharada de pasta radiactiva—. Espantoso. ¡Aborrecible! Demencial. Su avaricia la llevo a enseñar estas lechosas tetitas...»

En este punto, Warren pellizca uno de los pezones de la bailarina, ya con la cara bañada en lágrimas.

«...ante las decenas de mentes perturbadas que cada día pagan su entrada en este cabaret londinense. Pónganse en la piel de sus padres, ¿sienten ya la vergüenza, el dedo acusador de la opinión pública? Pues hoy, desde Sexyntellectuals punto com, vamos a hacer justicia. Haremos que esta niña se arrepienta de su díscola conducta.»

Fundido en aplausos.

Desde realización dan paso progresivo a la canción Dance de Frantic, de Grayskul, que añade a la situación, sostienen, un plus de violencia.

—Dinos, pequeña, ¿cuál es tu nombre?

—...

—No tienes nombre, ¿no? Está bien. ¿Debería llamarte Putita Expósito, quizá? —Warren se carcajea hasta saturar el master—. Aunque seguramente tú



no captés el chiste; no eres lo suficientemente intelectual —y Warren guiña un ojo a la cámara y levanta el pulgar—. Por si ustedes no lo sabían —dice ahora en voz baja para que la bailarina no pueda escucharlo y a escasos centímetros de la cámara—, Expósito era un apellido que se aplicaba, mucho tiempo atrás, a aquellos bebés cuya procedencia se desconocía; bebés abandonados, ya me entienden.

Warren procede a sacarse de los pantalones una pistola, con la que apunta a la cabeza de la bailarina.

—En fin, te llamaremos ¡La Puta del Rey!, nena. Y como intentes escapar, mis amigos y yo te vamos a violar por doce orificios o más, como en 2666, como en los feminicidios de Ciudad Juárez. ¡Charlie! —dice Warren a la cámara—, ¡jenseña a nuestro público quiénes son nuestros amigos!

Charlie, el cameraman, hace medio travelling para mostrar al público el resto del equipo de producción; buena parte del mismo, en un estado físico envidiable.

A continuación, las escenas se suceden rápido: Warren abofetea a La Puta del Rey. Warren baja la minifalda a La Puta del Rey. Warren, con los ojos a punto de salir de las cuencas, le susurra al oído puta a La Puta del Rey. Warren pone sobre el suelo, en decúbito prono, a La Puta del Rey y Warren encañona con la pistola al sexo de La Puta del Rey. Es entonces cuando el cameraman hace un primerísimo primer plano de la escena, como si se tratase de un documental médico y no ya de una snuff.

Mientras, se oye a Warren decir:

—Queridos telespectadores, en nuestra pretensión por haceros partícipes y productores de pornografía en tiempo real, vamos hoy a inaugurar una alternativa interactiva al porno unidireccional al que acostumbran. Es la televisión interactiva, personalizada; ¡el futuro está aquí, señores! ¿Ven esta ruleta? —y se lleva a cabo un split screen: en la parte izquierda, la cámara de Charlie explora las cavidades de la bailarina, mientras que una segunda cámara graba una ruleta encima de un tapete verde, ubicado junto al espejo con luces—. Pues enviando un SMS al número que ven abajo en pantalla con la



palabra VIOLACIÓN seguida de su nickname y el número al que apuestan, el afortunado o afortunados tendrán la posibilidad de hacer realidad sus sueños más malévolos... Envíen sus mensajes. Tienen, desde este mismo instante, diez segundos: Diez, nueve, ocho, siete...

Warren gira la ruleta. La bola cae en el número dos.

Desde realización, suprimen la imagen de la ruleta y conectan con la webcam del afortunado —en la parte superior derecha de la pantalla—, que en este caso se trata de una mujer con aires de oficinista.

—¡Enhorabuena por tu premio, LolitaNabo! —dice Warren, apretándose el pinganillo contra la oreja.

Se oyen las risas del equipo de producción.

—Gracias, querido —responde la ganadora mordiendo el labio inferior—. Puedes llamarme Brenda, si quieres.

La cámara de Charlie, por su parte, sigue en su pretensión de imitar el procedimiento de una endoscopia. La Puta del Rey se retuerce de dolor.

—Estupendo, Brenda. ¿Y qué quieres que hagamos con La Puta del Rey?

—Doble. Penetración. Anal —responde sin titubeos Brenda, como quien pide una Tender Crisp Chicken con salsa picante y patatas fritas.

Se oye a Warren tragar saliva.

—Uuuuh... Doble penetración anal. Eso va a ser muy doloroso, ¿verdad que sí, cariño?

—... —responde La Puta del Rey.

Sin embargo, en un movimiento ejecutado con maestría, un movimiento que recuerda a la filmografía de Jackie Chan; La Puta del Rey se levanta del suelo dando una patada a la pistola de Warren. De un salto, La Puta del Rey se pone de pie y coge en el aire el arma. Con ella apunta a Warren; luego, de un tirón, se quita la cinta aislante de la boca.



—Doble penetración anal, ¿eh, cabrón?

—...

—¿Era eso lo que me ibais a hacer tus amigos y tú?, ¿eh? ¡Charlie!, ¡no dejes de grabar; por tu puta madre!

En realización aplauden el share.

—Toma: doble penetración anal —y La Puta del Rey le dispara a las pelotas, ¡sí!, que salpican la pernera y la entrepierna de sangre—. Túmbate. ¡Túmbate o te vuelo la cara!

Warren, combado de dolor y sujetándose la entrepierna, se deja caer al suelo. La Puta del Rey se quita los tacones y se los endosa a Warren vía anal.

—¡Uuuuuh, eso tiene que doler! —dice, sarcástica, la bailarina.

La Puta del Rey —recordémosla: desnuda de pelvis hacia arriba— apunta con la pistola a Charlie.

—Haz un jodido travelling. Quiero que vean lo mariquitas que pueden llegar a ser en este equipo.

Brenda (a.k.a LolitaNabo), aún visible en la esquina superior derecha, mira alucinada a la pantalla del ordenador, como lamentándose de su fallida participación en el programa de SEXYNTELLECTUALS.COM. En verdad, piensa algo así como que «hemos llegado al clímax de la sociedad audiovisual, de la Sociedad del Espectáculo, donde cada rol actúa como si presentara unos jodidos informativos, ¿eh, o no?»

Con un trémulo y lento movimiento de mano, consiguiendo de nuevo el deseado efecto YouTube, Charlie graba lo que ocurre tras de sí: director, eléctrico, sonidista... todos están aterrorizados.

De pronto, la cámara cae al suelo. La imagen se suspende. La Puta del Rey ha encajado un disparo en la cara del director. Se oye como sale del camerino con los pies descalzos.

—¡Corten! —vocea alguien.



Pero ese “¡Corten!” no ha sido apreciado por Franky, uno de los televidentes del programa nocturno de Sexyntellectuals. En calzones y camiseta interior de tirantes, este rubio doctorando que recuerda en su aspecto a un Marine, cierra violentamente su ordenador portátil; de un manotazo. Da largas chupadas a su Lucky Strike mientras mira pensativo los recortes de revistas y periódicos, así como las fotografías con las que empapela su dormitorio: rostros de Shostakovich, Umberto Eco, Andy Warhol, Alan Pauls, George Steiner, Rohtko, Marilyn Monroe o Ignacio Ramonet, entre otros, junto a imágenes de antiguas novias; novias del instituto, novias que se remontan a los primeros años de carrera. En realidad, una única novia vista con distintos ojos de reprobación: la novia cadáver.

La luz del flexo da un volumen marmóreo a las volutas.

Franky apaga el cigarrillo contra un montón de folios revueltos en el escritorio; el primero de ellos lleva por título: Los media como retroalimentación del aparato cognitivo (Una retrospectiva después de ‘La espiral del Silencio’). Después se levanta de la silla tropezando con un par de mancuernas, se viste con la ropa que dejó doblada sobre el respaldo de la silla giratoria y se dispone, una vez más, a salvar el planeta de la conspiración estadounidense.

Eso sí, siguiendo su instinto holmesiano, Franky se dirige a la carpeta de archivos temporales de su ordenador. (Es decir, la lógica que triunfa sobre los bajos instintos y le exige abrir de nuevo el aparato). Allí, en esa carpeta Temp, reproduce de nuevo la película en formato Quick y detiene el documento en tres fotogramas donde claramente se aprecia el rostro de la bailarina. Hace un PrintScreen; en PhotoShop pega las imágenes, listas para imprimir y doblar y guardar en su cartera Quick Silver.

Todo listo.

Baja las escaleras y sale por el portal a la calle Desengaño. Saluda al estilo castrense a las prostitutas post-comunistas, que ya no le guiñan el ojo ni cabecean buscando negocio como en aquellos primeros días tras su mudanza al centro de la capital. Esto, el exceso de confianza, a menudo le pone mohíno.



Cut-Up 1: (Presentador a.k.a Narrador Omnisciente sobre escenario de fondo blanco: a cámara) ¿Les parece poco verosímil esta historia?, ¿sospechan que pagamos demasiado poco a nuestros guionistas?, ¿o que quizá escriban puestos de peyote acerca de situaciones imposibles como William S. Burroughs? Está bien, amigos telespectadores, ustedes lo han querido; no es mi cometido, ni mucho menos, el de dar lecciones de humildad con un registro próximo al de los anuncios norteamericanos de tónicos revitalizantes, pero he de confesarles que si ustedes no saben desarrollar una lectura de la decadencia del intelectual académico en sus orígenes, pobre como una rata y en una rutina donde el contacto con el exterior brilla por su ausencia; ese es su jodido problema, no el mío.

Ya en Gran Vía detiene un taxi. «Barajas. T-4», dice Franky con voz gravísima, y procede a reclinarsse en el asiento y a observar el exterior todo lo pensativo, todo lo disuasorio que sabe. El taxista, un árabe que ronda el medio siglo, de pelo ensortijado y jersey de lana gorda, capta la señal. Se limita a escuchar el avance informativo de la una y media.

—¿Le molesta la radio? —pregunta el árabe, cortés.

—¿Sabe si siguen echando ese programa... er... —pregunta Franky asomando la cabeza entre los asientos delanteros— medio pornográfico... donde la gente llamaba a una experta en temas sexuales para contarle sus intimidades?

El taxista se encoge de hombros.

—Es igual —dice Franky—. Deje eso mismo.

Y de nuevo se sumerge en la poética de una ciudad (globalizada) a comienzos de este siglo 21. Le cuesta descifrar el porqué sonrío ante el descubrimiento de un vagabundo arrojado bajo sus cartones. Es como si fueran parte del decorado urbano, piensa torpemente; piezas dispuestas con precisión bajo el luminoso de VIPs o Starbucks, de un Top Less o un Peep Show, de un banco o una agencia de publicidad; y el ánimo de contraste, la heterogeneidad. Toda esa mierda de lo videoclips, ¿no?, concluye.

—Me gusta esta mierda, ¿sabe?

—Say what? —dice el taxista árabe.

—Esta mierda de las ciudades que se globalizan en el siglo veintiuno, ya sabe. Que me va el rollo, es lo que quiero decir.

—Bueno, la verdad es que no sabría muy bien qué decirte. ¿Te puedo tutear?

—Claro, hombre —sin despegar la vista del cristal.

—Como Estambul no hay nada. ¿La conoces?, ¿has leído a Pamuk?

—Qué va. Ni conozco Estambul ni me entusiasman los Nóbeles. Yo voy ahora a Londres.

—Londres... Hmmm...

—Me he enamorado —dice Franky fuera de sí, excesivamente feliz.

—¿Ah, sí? —responde el conductor imitando la alegría de su pasajero.

—Hace menos de una hora, y de una mujer que ni siquiera he visto en persona. Verás... —Franky se queda pensativo—. Oye, perdona mi atrevimiento, pero es que estoy tan... que no puedo evitar..., ¿va?

—Ok, soy todo oídos.

—La cosa es que como cada noche a eso de las doce, decidí tomarme un descanso: puse uno de estos recientes canales de Internet; un canal que se presume pensado por y para intelectuales, ¿no? Entonces el guy, el presentador, va y se pone a violar a una jovencísima bailarina en un cabaret del centro de Londres. ¡Le mete una pipa en el...! en el... ¡joder! —el taxista asiente—. Fue un espanto. El portal se defiende con la idea de que el perfil de sus espectadores responde a un nivel cultural alto, ¿sabe? Pero fíjese que yo ahora mismo estoy haciendo una tesis que revisa los efectos de los media, y no me creo nada, nada, de lo que dicen...



El taxista mira sospechoso por el retrovisor central, como temiendo haber entablado diálogo con la persona equivocada.

Pisa el acelerador.

—...Entonces, entonces la tía va y de una patada, un movimiento de kárate, ¿no?, hace saltar la pistola al aire. La coge antes de que caiga al suelo y apunta a la cara del presentador, al que dispara en la huevera y lo pringa de sangre. Como te cuento. Después... ¡Bum, bum, bum! —y la mano izquierda de Franky toma forma de Colt—. Tirotea al director y se marcha: libre otra vez.

—Un reallity, ¿no?

—No, no, no... ¡No! Esta cosa de la que estoy hablando no imitaba a la realidad, era lo real, ¿me entiende? Lo real. Y ahora mi cometido es viajar a Londres y rescatar a la chica. Darle cobijo. Protegerla de sus perseguidores, como en una aventura gráfica.

—Entiendo; entiendo perfectamente lo que quiere decir.

—Eso es, algo así como The prisoner of Zelda. Un héroe medieval. El protagonista de una ópera de Wagner.

Ante la réplica de Franky, al taxista se le eriza el vello de los brazos.

Bien, se dice nuestro nuevo protagonista al bajar del avión, deslumbrado por los rayos solares. Estamos en Heathrow. Busco a una joven cuyo nombre me es absolutamente desconocido, una joven que posiblemente desee huir lo más rápido posible de esta ciudad. Reconstruyendo unos acontecimientos más que probables, cabe pensar que La Puta del Rey, con su peculiar agilidad de contorsionista o gimnasta prepúber, esquivó la vigilancia del local de striptease y se subió después al primer cab con que se topó, ante las atónitas

miradas de los viandantes. Eso seguro. La joven bailarina se dirigiría después a su minúsculo apartamento a fin de recoger sus pertenencias en un pequeño baúl. Para concluir, y quizá en el mismo cab de ida, la muchacha fue, bien a un aeropuerto como este, bien a alguna estación de tren.

Decide empezar por el aeropuerto.

Una por una, Franky se cuela en las taquillas y acosa a los expendedores de billetes con las imágenes de la bailarina. Les pregunta, una y mil veces, si la han visto en las últimas horas. Es urgente, dice, fingiendo una respiración entrecortada. Casi todos los taquilleros dicen que acaban de fichar, que en la hora a la que Franky se refiere eran sus colegas los que estaban de servicio.

(Añádase a esto los insultos y la crispación por parte de los usuarios que civilizadamente esperan su turno a la cola.)

Una pareja de agentes de seguridad se aproxima a Franky.

—Eh, eh, eh, ¡tíos!, ¡soltadme!, ¡alto ahí! —dice Franky en un inglés perfecto—, ¿habéis visto a esta piba?, ¿la habéis visto? ¡Es urgente, joder! Una pandilla de matones quiso acabar con ella anoche. ¡Lo vi con mis propios ojos! Lo echaron en un programa de Internet. ¡Os lo juro! Una snuff en directo y en toda regla. Al final la chica se salvó por los pelos.

—...

Los guardias, entre la incredulidad y lo jocoso, se lanzan miradas recíprocas.

—Quiero interponer una denuncia.

—Mira, será mejor que te dirijas al centro. Pero no molestes más en las taquillas, ¿entendido?

Descarta repetir idéntica operación en Charing Cross o acudir, al menos de momento, a dependencias policiales.

En el corazón de La City, se decide por entrar en un locutorio, y mientras le despachan quinientas fotocopias de un cartel manuscrito en Din A5 con la



fotografía de la bailarina y un texto que dice “Se busca”, y su número telefónico; Franky investiga en Internet hasta dar con un directorio de locales de striptease en la capital británica. Luego diseña un itinerario para rastrear los distintos locales.

Sale a la calle.

La desesperación aumenta, la esquizofrenia se dilata.

Algo huele a podrido, tíos.

Pega pequeños carteles en farolas y paredes. Pide permiso en comercios y sigue pegando cuartillas; hace entrega de otras cuantas a los clientes de los cafés. Se tropieza con la masa de oficinistas y consumidores. Pide disculpas. Pregunta: «es importante, por favor, ¿has visto a esta joven?, ¿la has visto?, ¿seguro que no la has visto?, es urgente, por favor, urgente.»

Todo son noes.

Pasan las horas hasta que el agotamiento termina, precisamente en uno de los locales de Top Less, por tensar al máximo sus nervios. Se da quince minutos para tomarse un café y reanudar la marcha.

No íbamos a desaprovechar la única oportunidad en mucho tiempo que la vida nos brinda para hacer algo realmente trascendente, ¿no?, se pregunta Franky.

En el equipo musical suena Morenas, de Lord Kossity. El local está atestado de jóvenes inmigrantes subsaharianos vestidos con ropa gorda, ancha, directamente exportada desde las pasarelas del Bronx, EEUU. En el escenario, una mulata de piel brillante abre su camiseta. El público jalea.

Franky, acodado en la barra, se dirige al que cree que puede ser el encargado del local.

—Pssch, pssch... Disculpa, gentleman —dice Franky a un volumen casi ininteligible—. Verá, no sé si has sido informado, pero anoche intentaron asesinar a una bailarina en uno de estos locales de desnudos en el centro de



Londres. Por mi parte, vengo de la Scotland Yard, y sabemos que en este sitio se cuecen negocios turbios... Ya me entiende. Si me deja ver los camerinos, prometo no molestarle en mucho tiempo.

El supuesto encargado, enarcando las cejas, tarda en reaccionar:

—Vete a la mierda, tñiiiiiiio.

Y se apresura a contar la anécdota a su colega en la barra.

Cut-Up 2: (Se congela la imagen del Topless, el presentador a.k.a Narrador Omnisciente toma asiento junto a Franky; le pone la mano en el hombro y le mira a los ojos): Tío, ¿se puede saber qué estás haciendo con tu vida?, ¿es que te crees un romántico?, ¿piensas que vas a dar sentido a tu vida de investigador por enamorarte de una fulana anglosajona a la que, pasado el foganazo, abandonarás mediante el recurso del Divorcio Express? No sé qué pensar, muchacho, pero te estás poniendo en evidencia. Hace un rato traté de explicar a la audiencia la manera en la que habían de interpretar tu historia, pero por lo que veo, el proceso de dilatación de tu ridículo parece no tener final. En fin, chaval, aquí el tiempo vale millones, así que como no espabiles, te vas a la puta calle. ¿Entendido, muchacho? (El narrador omnisciente se levanta de su taburete y desaparece de la escena)

Franky cree haber visto a La Puta del Rey salir como un rayo por la puerta. Tarda en reaccionar. Se desempaña los ojos y sale a la carrera de la joven hasta concluir en Picadilly.

—¡Oye!, ¡eh, tú!, ¡la bailarina rubia, descuida! ¡Vengo en tu ayuda!

Pero... ¿qué diantre...?

A Franky se le abre un interrogante en el cogote.

Franky ve su rostro boquiabierto en las enormes pantallas electrónicas de Picadilly Circus. Su imagen aparece también en todos los televisores de Europa, en todos los escaparates de tiendas de electrodomésticos del continente. Los viandantes se detienen para observar a Franky en persona y su reproducción televisiva.



La reacción de nuestro protagonista no es otra que la de seguir acercándose a la bailarina, ya detenida en la acera.

—¿Tienes algo que decirme, Franky? —pregunta La Puta del Rey con una sonrisa maliciosa, y vestida y maquillada como la presentadora de informativos de la que hablaba Brenda.

Sin esperar la respuesta del doctorando, La Puta del Rey saca de su falda una ametralladora y apunta a la cara de Franky, que, sin entender nada de lo que está sucediendo, se desploma tapando su rostro con las manos.

El detonador del arma suena por unos altavoces justo en el momento en que La Puta del Rey aprieta el gatillo de su juguete.

Del cañón sale una banderita.

Pero Franky se cree el disparo y su cabeza y estómago estallan.

La Puta del Rey se quita la máscara y mira a la cámara. (La realidad es que hay cámaras por doquier).

Aparece George Orwell en pantalla.

Lo que oyen: el mismísimo George Orwell. ¡El puto Orwell! ¡Sí, joder!

¡Orwell, sí, Orwell!, Orwell!, el de 1984 y Rebelión en la granja. Es él: ¡Orwell!

Una niña se acerca a George Orwell, le tira de su abrigo y le pregunta, señalando a Franky:

—¿Verdad que no se ha muerto?, ¿verdad que es una película?

Ni que decir tiene, Orwell replica a la chica que lo que acaba de ver no es imitación de lo real, ni el desierto de lo real ni lo hiperreal; sino lo real. Lo verdaderamente real.